

Tiempo

■ Sólo la estúpida arrogancia del hombre pudo idear la expresión "matar el tiempo". Nosotros no matamos el tiempo, es el tiempo el que nos mata a nosotros. Cuando creemos matarlo, en verdad lo que estamos haciendo es perderlo. Y, a la postre, en la hora de la verdad, ése es el mayor dolor. Ya lo dijo en su soneto Juan de Arguijo:

"... veloz el tiempo corre, y queda sólo el dolor de haberlo perdido."

Pero el tiempo no es sólo el cruel verdugo, que va limitando nuestras facultades, ercaneando nuestros cabellos y poblando de arrugas nuestro rostro. También es —y afortunadamente— la gran medicina que mitiga las penas y cicatriza las heridas. La sabiduría de Sancho nos recuerda esta propiedad medicinal que da el tiempo cuando dice en "El Quijote" que hay que dejar que el tiempo haga de las suyas porque es el mejor médico "destas y de otras mayores enfermedades" y el propio Cervantes, sin necesitar ya la mediación del gordo escudero, insiste en su idea en "La Gitanilla" cuando escribe: "...se dará tiempo al tiempo, que suele dar salida a muchas amargas dificultades..."

Esto de dar tiempo al tiempo es una de las grandes sabidurías adquiridas por el hombre. A través de la experiencia sabe que todo tiene un proceso natural, que la fruta no puede madurarse a golpes ni la verdad emerger como relámpago. Sólo los atolondrados pretenden obtener el fruto de sus afanes, sin la sabia colaboración del tiempo. El proverbio árabe que aconseja esperar sentado frente a la propia casa que pase el funeral del enemigo, está aconsejando dar tiempo al tiempo. Mientras él transcurre, el enemigo podrá convertirse en amigo y si efectivamente lo es por maldad o perversión, sus propios defectos lo llevarán al fracaso.

El consuelo para las grandes aflicciones, lo da el bálsamo del tiempo. Voltaire lo llamaba "el gran consolador" y La Fontaine en su fábula "La joven viuda" nos di-

ce "con las alas del tiempo, la tristeza vuela". Muchas veces pretendemos rechazar el consuelo que nos ofrece el tiempo, para nuestro dolor presente, para el odio recién engendrado, la idea que el tiempo lo haga desaparecer resulta insostenible. Cayendo siempre en la misma trampa, pretendemos que nuestras pasiones dolorosas o alegres son inmodificables, más aún, no queremos que ellas cambien. Pero el tiempo se encarga de debilitarlas y, al final, destruirlas. Daniel de la Vega es autor de un libro cuyo título es un cinico comentario de esta sed de permanencia que el tiempo destruye: "El amor eterno dura sólo tres meses".

Los efectos benéficos que tiene el transcurrir del tiempo sólo se advierten, lamentablemente, cuando se ha visto mucho el pasar de él. El tiempo es un maestro que logra que su valor se aprenda cuando a los alumnos ya les queda poco tiempo. Podría decirse que el tiempo es un profesor que mata a sus alumnos en cuanto saben la lección.

El renovado asombro que siente cada hombre cuando toma conciencia que su tiempo está por terminar, que el Supremo Referi está por dar el pitazo final, lo hace preguntarse en qué ha empleado su tiempo, por qué pasó tantas horas "matando el tiempo" que no es sino una forma de decir que lo ha perdido, y la respuesta que siempre aflora es la de haber dilapidado esa moneda que se le entregó.

Guillermo Blest Gana se hace esa pregunta en un bello soneto y su respuesta, en esa hora, es un lamento que todos podemos compartir:

"Pero en esta hora lúgubre, sombría de severa verdad y desencanto, de supremo dolor y de agonía, es mi mayor pesar, en mi quebranto, no haber amado más, yo que creía. ¡Yo que pensaba haber amado tanto!

PARTIQUINO